

EL HOGAR DE TU MIRADA

Índice

I. Siete dones del Amor

Sabiduría
Ciencia
Consejo
Entendimiento
Temor de Dios
Fortaleza
Piedad

II. Setenta veces siete

Letanía de amor
Aprendiendo a respirar
Al borde de la luz
Al completar el día
Gracias
Misterios de locura
Cántico del regalo

III. El bosque de los signos

I. SIETE DONES DEL AMOR

SABIDURÍA

He llegado a esa edad en que se comba
la excursión, y los árboles se vuelven,
mayores, a contemplar el paisaje.

Y me siento feliz como un reencuentro
del trigo en lo alto de la espiga
con la mano sembradora.

Saber que fuiste Tú, siempre alumbrando
las huellas en los surcos, el camino
que a Ti te hace ilusión. Mi mejor vida.

Necesito subirme hasta tus ojos
para verme, Señor, y polvo alado
en Ti me reconozca, entimismado,
divino, aunque aún entre rastrojos.

Tan pequeño que soy desde tu altura
¡y en tus ojos me veo tan gigante!
Soy milagro de amor, soy un diamante
por la luz que atraviesa mi envoltura.

Oh pintor de mi ojos, oh mi cielo,
no cesas de mirarme complacido
en espejo nacido de tu adentro.
Mis flores son las únicas que se abren
comprendiendo tu tierno mirar.

Sí,

hoy contemplo quién soy mientras te miro.
Me encuentro, dilatado en tus pupilas,
como un ángel que tiembla en una lágrima
y no puedo dejarte de mirar
mientras sigue pintando tu mirada
el iris de mi asombro por los siglos.

CIENCIA

Las cosas son, Señor, cuando te quedas
mirándolas con luz inmemorial,
la que baña como último perfume
la esencia de las cosas, su belleza.
Las vistas de color, las amapolas,
y llenas de ternura y de valor
se vuelven hacia ti significantes.

Como ovejas que van despreocupadas,
se saben a la vista todo el día,
llevadas en volandas.
Una a una en su idioma te responde
—calor, perfume, canto, vuelo, piedra—
talladamente exacto como incienso
en esta catedral del universo,
y de noche
descansan en tus ojos como estrellas.

Cada día que salen van correctas,
llamando la atención en movimientos
y, al mirarlas, me vuelvo en un aplauso
hacia Ti, el Artista más eximio.

De Ti vienen hablando la armonía,
las caderas más altas, los collados,
las olas de las mieses, las anuales
golondrinas que dejan dibujadas
caricias por el aire. Y hasta llegan
las nubes sugiriendo tantas formas,
ensayo de tu arte mineral.

El agua de la lluvia, limpia y tersa
permanece espejando tu presencia;
el calor estival duerme en la roca,
parada de los pies que peregrinan
orando el día entero,
mientras toman relevo rui señores
de sencilla belleza franciscana.

La voz de tus regalos es la rosa,
las alas del cariño, la bondad,
la simple desnudez de la verdad,
el vuelo silencioso, mariposa.
¡Cántico espiritual de cada cosa
al Poeta autor del universo!
Te descubro al mirar en el reverso,
tu Alma en el alma de los seres
y adivino lo bueno que Tú eres:
dejaste el corazón en cada verso.

Yo quisiera, Señor, ser criatura,
obra de arte consciente que te imita
la firma del cariño en los detalles
con el arpa diario del trabajo.
Y ser en Ti de luz, como una réplica,
una pura presencia que te entrañe,
icono a mis hermanos dedicado,
vacío de la tierra, como un donde
encuentren en mis obras tu mirada,
en mis dedos el signo de tu paz
y en mis labios parábolas de amor.

CONSEJO

La luz de amanecer, la del ocaso.
El eterno retorno en golondrina
de amor y de dolor. Y esa pérdida
de aquello que nos falta. ¿Por qué
me lo pregunto
si sólo Tú posees las estrellas
en este navegar de la conciencia?

Dime una palabra sólo, un verbo
vertical. O un río en cascada,
ancho grito cayendo desde el tiempo
sobre los hondos
que retumban la existencia.

Dime

¿qué queda cuando todos se han marchado
de la cena de gritos y mentiras
y amanece ante mí la nueva página
que tengo que escribirte para siempre?

No te calles, Señor, está lloviendo
el dolor en la entraña interrogante
y no apaga su sed
el devenir constante de las hojas
hacia la alcantarilla.

Sí, dime

aquello que palpita más adentro
de las costras formadas con los años,
y mueren como anillos de los árboles,
las edades del olvido.

Dime

por qué seguir en pie, qué respirar,
qué tengo que reír, qué hacer.
Cuál es tu dirección, y el catecismo
sencillo de ser hombre.

ENTENDIMIENTO

Tan inmensa en su altura es la nostalgia
de las aguas del mar por las del cielo.
Tan pobre la riqueza, su experiencia,
el peso de los días, su lamento.
Tan grande la extensión del alma herida
y la sed en su mano interminable.

Así, en la vaguedad, lo no sabido
derrama nuestros días inconscientes.
Sin certeza, sin otra gravedad
que nos sostenga el canto,
y se evapora.

Acaso fuera el río que aguardaba
secamente el final de su castigo.
Acaso la oquedad de los planetas,
su huella, con los años, el placer.
Acaso fueras Tú quien lo pensaba
en cada anochecer, morir las cosas.

No sabía que vieras mis enigmas,
los mismos arreboles, las secretas
claridades, el mar de mi ilusión.
Que fueras Tú poniendo en mí el acento,
la pregunta, las ansias, el anhelo,
formando pensamientos con las nubes,
escritos en el aire, sembradura.

Y en la letra y el gozo entendimiento,
la pura sintonía del asombro.

TEMOR DE DIOS

Todo es limpio y azul para los ojos
de cielo alto y nieve, primavera,
tan desnudamente blancos
que sienten por el aire Tu presencia.

Pero un día curiosos se embebieron
oscuramente solos por el cieno.
Estaba mal, sabían
que su alma cristalina se apagaba,
dejándoles mal cuerpo.

Y lenta,
fría,
roja,
dolorosa
la tinta alcoholizada del pecado
afloró por las vetas de su mármol.

Desde entonces las blancas nubes huyen,
los ojos de las rosas, sonrojadas,
los perros, y las hojas, y los años,
y hasta el color se va de su paisaje.
Les eran familiares y emigraron.

Los pájaros del miedo
instalan las alarmas por sus nidos,
las mariposas negras
se adueñan de los sueños.
Incierto es el futuro en la amenaza
y en el hogar del mal se oculta,
caída,
insoportable,
su mirada.

Bautízalos, Señor, desde tu grada,
Amor desde la cruz que nos taladra.
Caerán escalofríos en escamas,
en lágrimas de amor que los levanta,
en único temor que sabe a cielo.
No volverán a ir, los ojos nuevos,
al campo del horror que desengaña,
si el gozo bartimeo anega el alma.

FORTALEZA

Es tu amor lo que mueve las estrellas
y la tierra con suave inclinación.
Dejaste en cada ser divino instinto,
un fervor natural hacia su Dueño
y en corrientes de gracia, de ternura,
a los hombres nos diste corazón,
algo así como ser en miniatura
un dios a quien poder enamorar.

Nos pesan las herencias, y a pesar
de rémoras, de vicios y de fieras
podríamos amarte en Sí mayor.

Tan fácil te resulta convencer
al mismo Faraón de los agnósticos,
que persigas a Saulo, que lo venzas,
y pesques a Simón el pescador.
Pero no quieres ya, Señor de los milagros,
hijos de Abrahán que surjan de las piedras,
ni la fe de montañas que recojan
sus faldas y se bañen en el mar.

Solamente que dejen acercarse
el asombro infantil de las palomas
a tu sombra de Dios –que es la verdad–;
que puedan asomar en el brocal
de las aguas profundas de tus ojos
sus ingenuas preguntas metafísicas
que sienten en el fondo de su imagen.
Respuestas a su sed samaritana.

Si supiera decir de tu invisible
cadena de calor pentecostal
que a Juan y a los demás se los llevaba
en la brisa abrasada, sed de Dios.
Si supiera decir que lo más fuerte
del músculo divino es el perdón...
Lo haría con la fuerza del Amor.

PIEDAD

Cuando leo tus cartas en la Biblia
escrita en caracteres tan humanos
me revelas qué soy en sus retratos
–carne, dolor y hueso, polvo y salmo–.
A dónde quieres ir, tus sentimientos
que guardan los misterios de tu mano
en poemas de historias orientales.
Oh forma original de revelarte
por entregas, que muestran providentes
la derrota que llevan tus entrañas.
Sucede sólo aquello que Tú tocas,
candelabro de dedos septiforme
con que grabas tus luces
mientras leo en tu mano las palabras,
las que quieres oír
de gozo, de alabanza o de lamento.

Eres Tú en el fondo lo que siento
como un cáncer benigno que me invade,
o un ave que chilla claridades
desde unas lontananzas incurables.
Fecundas mi oración con esa gracia
con que orienta a los vientos la veleta
y alcanzo a ver colores y en relieve,
Restaurador de imágenes sagradas.
Y adivino intenciones en tu dedo
que me nombra profeta de tu aliento,
en pie para volar
a los huesos dormidos por el tiempo
en esta cuna andante que es la Tierra.

¡Heme aquí, como Tú, en mi palabra!
Tampoco yo preciso de estipendio.
Somos manos de fe y amor, nos basta
apretar para hacer nuestra alianza.
Como dos manos fieles anilladas,
cuando voy a rezar, los dos rezamos;
cuando quieres que vaya, juntos vamos;

si sufres o si gozo, lo notamos
como almas siamesas de mismo corazón.

Yo sé que a solas haces oración con mis palabras
y lees entre líneas, en mis labios
antes que formen olas al pulsarlos.
Se pueblan hoy mis ojos de canciones
y en lágrimas de gozo convivido
me digo en el silencio de mi entrega.
La paz y la alegría certifican
tu íntima presencia, tu trabajo
en cálamo inspirado con que enciendes
mis páginas sagradas. Otra carta
de fuego hacia los hombres, que levante
del suelo su mirada.
¡Que no se quede en tierra tu esperanza!

II. SETENTA VECES SIETE

LETANÍA DE AMOR

Si te lo dije en un beso, ¿por qué
me lo preguntas, como a Pedro, otra vez
y otra, y otro beso, y que repita
setenta veces siete que te quiero?
Te gusta recrearme
hacerme más de amor el corazón,
más fuerte y tierno, más de carne y hueso,
más a Ti, humanamente, parecido.
Por eso vas pulsando tan frecuente
mi ritmo cardíaco
en las obras que dejo florecidas.
Letanía de rosas que te voy diciendo
en el rosario lento de los días.
En latidos lo dejo manuscrito.
Y digo que eres Tú mi amor, mi dueño,
hora a hora, consciente o inconsciente,
incluso hasta en el sueño
de mi última jornada. Tú lo sabes.
Acabadas las obras
te lo estaré diciendo desde el suelo,
—labio de piedra y cardiograma pleno—,
hasta que mueran sus colores vivos,
en un ramo de besos vegetales.

APRENDIENDO A RESPIRAR

Hoy me siento, mi Dios, sin tu palabra,
afuera, castigado a la esperanza
en la fría y la larga, mi oración.

Hoy prefieres no hablar y que el silencio
transmita tembloroso como cartas
que quedan suspendidas en el aire.

Miradas confidentes de paloma
que vienen dulcemente, inexplicables
de un mundo más allá de lo sensible,
allende lo sagrado y de lo bello.

Inaudibles que flotan en la calma
y posan suavemente, como besos,
avisos en los pétalos del alma.

Así la flor. Así, molino al viento,
hoy percibo en el rostro las señales
que dejas con la rama de tu aliento,
la exacta dirección en los colores
con que mueves litúrgica mi alma
atenta por tu adviento.

Así hoy,
por tus soplos aprendo los acordes
del silencio, los signos de los tiempos,
tu ritmo se hace música en mis venas
y en mí tus movimientos toman cuerpo.

Este día, calladamente inmenso,
gozando tu caricia sin palabras
se me ha vuelto ya endógeno escuchar.

Pasabas, como el aire, tan por dentro...

AL BORDE DE LA LUZ

Respondiendo a tu llamada
se despierta mi conciencia.
Existo, y en tu existencia
son las siete, otra jornada.
Dime, porque no sé nada,
la caridad, lo primero;
luego escíbeme el sendero
en mis potencias enteras
para hacer lo que Tú quieras
y así decirte te quiero.

Te serviré en este día
que me concedes, Señor;
te lo digo con amor,
con mi ángel, con María.
Unido a la melodía
de la creación sin prisa,
yo me ofrezco en mi sonrisa,
en mi júbilo, en mi pena,
del trabajo en la patena
y en el cáliz de tu Misa.

AL COMPLETAR EL DÍA

Del día al anochecer,
cuando el pulso ya se para
y me pongo cara a cara
para con tus ojos ver,
dame la humildad de ser
agradecido sarmiento
por tu Vida, por tu Aliento;
y si a estas horas no di
el fruto esperado en mí,
dame decirte: lo siento.

Que nunca yo me acostumbre
como un camino sabido
a seguirte sin sentido
con la mente en otra cumbre.
Dame tu mano de lumbre,
tus ojos me digan ven,
como en mi primer amén
ardan corazón y anhelo
de dirigir hacia el cielo
a mis hermanos también.

GRACIAS

Algunos hombres dicen que no existes,
sólo caben derechos para ellos:
el orden, la limpieza, mesa puesta
y el perro que se mueva, por supuesto.

No saben del amor en los detalles
del alma de la casa que desvive
sus horas, veinticuatro, silenciosa
pasando inadvertida hacia el olvido.

¿Acaso no eres tú, Desconocido,
quien cuida de nosotros en las olas?
Trayéndonos las cosas cada día
te muestras en discreta teofanía.

Recuerdas a mi madre el día entero.
Tus manos generosas, invisibles
regalan a mis ojos con sus besos
y decoran con flores los instantes.

¿Qué sería de mí sin tu mirada
que nutre de sentido mi existencia?
¿Qué sería vivir sin tu presencia,
trabajar, construir, si para nada?

Como madre, eres Tú el que me llama
cada instante después que de Ti salgo,
cada día, porque es mi cumpleaños,
¡y soy cada segundo aniversario!

Me lo dices en cantos de alborada,
en alegres, ruidosas, en bandadas,
en susurros de olas que se atreven
y vuelven pudorosas a tus aguas.

Me lo dices al sol de mediodía
que ves hasta el rincón de mi trabajo,
en el polvo, en papeles que recojo

y hacia Ti los levanto terminados.

Se torna en oración el ajetreo,
la música que escucho, cuando canto,
micrófono la calle donde te hablo,
en llamada el teléfono que suena
–si fueras Tú esta vez, ¿te creerían?–.

Son las doce, Señor, y la campana
sintoniza en el aire tu sonrisa,
y miro en la parada tu ventana
que está tan de mirarla desvaída...

De noche me recuerdas a mi madre
que a Ti me recordaba al fin del día.
“Que no te falte nada” y “¿qué se dice?”
Perdona que dormido se me olvide
constantemente niño darte gracias.

MISTERIOS DE LOCURA

El hombre siempre es polvo de locura.
En la luz del Misterio Enamorado
como un halcón refulge por la altura;
mas sin beso de Dios... es un pecado.

Es un vuelo de amor interrumpido,
es haberle fallado, y por el suelo
sentir dolor, que el Cielo se ha perdido
y el corazón hallado en un señuelo.

Es vivir solitario en el invierno
la angustia del misterio fracasado,
que sólo se conoce en el infierno
o mirando al Amor crucificado.

Oh locura de amor que, incluso herido,
ofreces revolar al que es esclavo.
Que tome el corazón arrepentido
las alas que le tiendes desde un clavo.

CÁNTICO DEL REGALO

Siempre que te miro, tú me estás mirando.
Siempre que en ti pienso, me estabas pensando.
Haces que te sienta si me estás tocando.
Mi corazón te ama porque me amas antes.

Ojos de misterio vienen de lo alto,
Tres pares divinos tan enamorados
que en ellos me siento tanto, tanto, tanto,
omnicompellido, tridimensionado.

Siempre que te miro, la paz y el encanto,
tiemblan los colores, huele hasta el acanto,
salen los galopes cerca del costado,
y en el aire sueñan que son en tu lado.

Luz atardecida libas en mi campo,
vistes de ternura mi significado,
y eres aguardiente que me va sembrando
cielos por mi surco, ansias de ser santo.

Soy mientras me miras dulce sobresalto
que pende en el aire, iris arrancado,
un superviviente que viaja en tu párpado.
Porque nada existe fuera de tu alcance.

Vive Dios que vivo donde va mi canto,
ruiseñor herido como Juan, amado,
infinito y ebrio, íntimo alquilado,
de vida empapada por el fuego amante.

De pronto el vacío, me duele el pecado.
¡Ay! tus lindos ojos no aguantan lo malo,
si tú parpadeas volveré a ser barro.
¡Ay! de mí depende ser yo tu regalo.

III. EL BOSQUE DE LOS SIGNOS

Yo sé que Dios invisible
al amor juega escondido.
Cuando menos lo pensaba
y cuanto era más sencillo,
mirando al cielo, mirando
como un girasol, os digo,
en la flor de mi sorpresa
su movimiento he sabido.
La noche de la ilusión,
la Vía Láctea, de niños,
al asombro teologal
abre Sus ojos, y el brillo
despierta entrañablemente
el sentimiento más vivo.

Venid a jugar con Él
encuentros a lo divino
donde los árboles hablan
en amor contemplativo.
Entrad con el corazón
por el bosque de los signos
y en una herida hallaréis
que algo vuestro se ha prendido
en el toque de sus ojos,
universo de Cariño.

Fijaos cómo se esconde
su mirada por los pinos,
en las cenizas del día
disfrazada de amarillo.
Indagad entre las nubes
de imágenes y sonidos,
en la sonrisa del aire,
golondrinas y chillidos,
¡ay, que lo ibais a ver
dibujado... y ya es ido!
Olfatead las recientes
huellas que deja en rocío,

sus aromas celestiales
descalzas por el tomillo,
y con la nariz en alto
como aquel neblí adivino
entended su providente
manto de brisa en alivio.
Escuchad cómo lo nombran
los ríos y los pardillos,
la lluvia, el viento, los años
silenciosos con su ritmo,
la cueva de la conciencia
en interior torbellino
y cuando la calma, el mar
murmurándonos destino.

Jugad a que está aquí.
No, allí, que se ha movido
en el aplauso del chopo,
en la belleza del lirio
como una trucha invisible
que ya nos ha presentido.
¡Ay relámpago de amor!
fotograma fugitivo,
Su mirada en un instante,
inconsciente, por descuido...
¡Vuelve por donde viniste
a decir aquello mismo!

El hombre es una ilusión
del tamaño de un latido
de un viento que lo besó
con amor tan infinito
que existe porque respira
en su hálito divino
y se da cuenta que vive
cuando en él se da un respiro.

El amor está en el juego,
la llamada en un silbido
donde el tiempo se detiene

a contemplar en camino
esa pregunta en el aire
—caliente, puro, tan íntimo—
que convierte en oración
el anhelo que sufrimos.
Y cuando nadie responde
porque el pueblo está dormido,
y el cansancio se refleja
en el lago del suspiro,
la respiración consciente
del olor más primitivo
levanta en olas el pecho
del que recobra el sentido:
Su vida en la tierra... ¡somos!
Su cielo somos... ¡sus hijos!

Amador que nunca aquieta
nuestro deseo tu abismo,
oculto en mi corazón
sigues jugando conmigo.
Mis ojos gozan y buscan
en el bosque de tu nido
hasta que ciego de amor
en ti me encuentre perdido.
Contigo vuelve a ser todo:
el mundo, tu paraíso;
saberme amado, vivir;
cada segundo bendito;
y el hogar de tu mirada
el calor que necesito.

* * *